

suplicios, ni de prohibir el trato con los extranjeros bajo penas rigurosas; el secreto se recomendaba por sí solo y por su propia importancia.

Era cosa ciertamente chocante la que se observaba en los romanos; el pueblo miraba al senado con cierta prevención y antipatía, y sin embargo tenía con él las mayores deferencias, y señaladamente en ocasiones de peligro. Entonces volvía el pueblo sus ojos hácia aquella sábia corporación, y aguardaba sus resoluciones, y las acataba como si fuesen unos oráculos.

Una larga esperiencia habia enseñado á los romanos que del senado habian salido todos los consejos que salvaron al Estado: y que en él era donde se conservaban las antiguas máximas, y el espíritu, por decirlo así, de la república. Allí era donde se concebían y formaban los grandes designios, y donde se les veía sostenerse por su propia importancia hasta llevarlos á cabo; y lo que habia de mas grande en el senado era que jamas sus resoluciones eran mas vigorosas y fuertes que en los mayores apuros y necesidades.

Hallándose la república en el mas lamentable y triste estado, débil todavía y recién establecida, destrozada y dividida en lo interior por los Tribunos, y amenazada y estrechada por fuera por los Volscos, que Coriolano ansioso por vengarse conducía contra su patria, fue cuando el senado mostróse mas intrépido y resuelto. Los

Volscos, batidos siempre por los romanos, esperaron vengarse teniendo á su cabeza al hombre mas eminente de Roma, al mejor militar, al mas liberal, y al mas incompatible con la injusticia; pero al mismo tiempo el mas duro, el mas inaccesible, y el mas desabrido é irritado. Querían hacerse ciudadanos á la fuerza, y después de haber hecho grandes conquistas, dueños de la campiña y del país, amenazaban arrasarlo todo si no se les otorgaba su demanda. Roma carecía entonces de ejército y de gefes; y sin embargo de hallarse en aquel estado, y mientras que todo lo debia temer, sale improvisadamente del senado este decreto, que antes parecer que ceder en nada al enemigo armado; pero que se le concederian unas condiciones equitativas después que se hubiese retirado ó depuesto sus armas.

La madre de Coriolano, á quien se envió al campo enemigo para que persuadiera á su hijo á que no combatiera contra su patria, decíale á éste entre otras razones: "¿No conoces tú á los romanos? ¿No sabes, hijo mio, que nada obtendrás de ellos sino por los ruegos, y que no conseguirás ni poco ni mucho por la fuerza?" El severo Coriolano dejóse convencer: y costóle la vida, y los Volscos eligieron otros generales: pero el senado se mantuvo firme en sus máximas; y el decreto que dió de no acceder á nada por la fuerza, pasó por una ley fundamental de

la política romana, de que no hay un solo ejemplo de que se hayan separado los romanos en todo el tiempo de la república. Entre ellos, en los mayores apuros y extremos, jamas han sido ni escuchados siquiera los consejos que adolecian de debilidad. Eran mas accesibles y tratables vencedores que vencidos: hasta este punto supo el senado sostener las máximas antiguas de la república, y confirmarlas con su conducta el resto de los ciudadanos.

De este mismo espíritu han procedido las resoluciones tomadas tantas veces en el senado, de vencer á los enemigos á fuerza abierta, sin emplear para conseguirlo ni intrigas, ni sobornos, ni ardidés, ni aun de aquellos mismos permitidos en el arte de la guerra: esto no lo hacia el senado guiado por un falso honor, ni por ignorar las leyes de la guerra, sino porque juzgaba que nada habia mas eficaz para humillar un enemigo orgulloso, que hacerle perder la confianza que pudiera tener en sus fuerzas, para que vencido completamente, no viese otro camino de salvacion mas que recurrir á la clemencia del vencedor.

Asi es como se estableció por toda la tierra la gran opinion de que gozaron las armas romanas. La creencia en que se estaba por todas partes de que nada podia resistirles, hacia deponer las armas á sus enemigos, é inspiraba á sus aliados una ilimitada confianza.

La conducta del senado romano, tan firme contra los enemigos, no era menos admirable que la que observaba en lo interior. Aquellos sábios senadores tenian algunas veces con el pueblo una justa condescendencia; como cuando, en una estrema necesidad, no solo se impusieron á sí mismos una contribucion mucho mas subida que á los otros, cosa que ordinariamente solian hacer, sino que descargaron tambien al pueblo bajo de todo impuesto, añadiendo "que bastante tributo pagaban los pobres á la república manteniendo á sus hijos."

El senado mostró con este decreto que sabia en qué consistian las verdaderas riquezas de un Estado; y un sentimiento tan bello, unido á los testimonios de una bondad paternal, causó tanta impresion en el ánimo de los pueblos, que hiciéronse capaces de sufrir los últimos extremos por la salud de su patria.

Pero cuando el pueblo merecia ser reconvenido y que se le reprobaba su conducta, hacia lo el Senado con una gravedad y una firmeza dignas de aquella sabia corporacion, como sucedió en la diferencia ó pendencia que medió entre los de Ardea y los de Aricia. Es memorable esta historia, y merece ser referida. Hallábanse aquellos dos pueblos en guerra por unas tierras que se disputaban, y que cada uno de ellos pretendia que le pertenecian. En fin, cansados de combatir, convinieron en someterse al

juicio del pueblo romano cuya equidad era reverenciada por todos los vecinos. Reuniéronse las tribus, y habiendo conocido el pueblo en la discusion que aquellas tierras pretendidas por otros le pertenecian á él de derecho, se las adjudicó. El senado, aunque convencido de que el pueblo habia juzgado bien en el fondo, no pudo tolerar que los romanos hubiesen desmentido en esta ocasion su generosidad natural, ni que hubiesen bajamente engañado la esperanza de sus vecinos que se sometieran á su arbitraje. No omitió paso ni diligencia aquella corporacion para impedir se llevase á ejecucion un fallo de tan pernicioso ejemplo, por el que los jueces tomaron para sí las tierras disputadas por las partes. Despues que la sentencia se hubo notificado, los de Ardea, cuyo derecho era aparentemente el mejor, indignados de una sentencia tan inicua, se disponian á vengarse con las armas. El senado no tuvo dificultad en declararles públicamente que le era tan sensible como á ellos mismos la injuria que se les habia hecho; que á la verdad no le cabian facultades para anular una sentencia del pueblo, pero que si querian fiarse en la corporacion y esperar de ella la reparacion de la ofensa que con razon pretendian, el senado tomaria á su cargo darles una tal satisfaccion, que no les quedase motivo ningunó de queja. Los ardeatas se fiaron en esta palabra. Sobrevínoles á poco un nego-

cio que les hubiera traído la ruina de su ciudad sin el auxilio de una fuerza que lo hubiera evitado. Recibieron en esta ocasion un auxilio tan pronto de orden del senado, que se creyeron pagados con usura de la tierra que se les habia quitado, y desde entonces no pensaron mas que en dar gracias á tan fieles amigos. Pero el senado no se contentó con esto, ni lo estuvo hasta que les hizo restituir la tierra que el pueblo romano se habia adjudicado, aboliendo de esta manera la memoria de un juicio tan infame.

No emprenderé aquí referiros cuántas acciones semejantes á esta hizo el senado; ¿cuántas veces él puso en manos de los enemigos á los ciudadanos perjuros que faltaron al cumplimiento de su palabra, ó que con sutilezas eludian sus juramentos; cuántas veces reprobó los malos consejos no obstante haber tenido un suceso feliz? os diré solo que aquella augusta corporacion no iuspiraba nada al pueblo romano que no fuese grande, y que en todas ocasiones daba una alta idea de sus consejos, persuadida de que la reputacion era el sosten mas firme de los estados.

Ya puede creerse que en un pueblo tan sabiamente dirigido las recompensas y los castigos eran ordenados con una gran circunspeccion. Porque ademas de que los servicios y el celo por el bien del Estado eran el medio mas seguro de obtener la promocion á los cargos

públicos, los hechos de armas tenían mil recompensas que nada costaban al público, y que eran infinitamente preciosas para los particulares, en razon de que llevaban en sí un testimonio glorioso, que era mil veces mas querido y estimado á los ojos de un pueblo guerrero que todo el oro reunido. Una corona de oro de una hoja muy delgada, y las mas veces una corona de hojas de encina ó de laurel, ó de cualquier otro arbusto mas vil todavía, era una prenda inestimable entre los soldados, quienes no conocian distintivos mas honrosos que los de la virtud y del valor, ni una distincion mas noble que la que testificaba las proezas gloriosas en que tuvieran parte.

El senado, cuya aprobacion era tambien una recompensa, sabia alabar y vituperar cuando era menester. Incontinenti despues del combate, los cónsules y los demas generales elogiaban ó reconvocaban en público á los soldados y á los oficiales segun se habian hecho acreedores á ello en la pelea: pero ellos mismos estaban en espectacion del juicio del senado, quien apreciaba la sabiduría de los consejos sin dejarse deslumbrar por el resultado feliz de los acontecimientos. Los elogios eran preciosos, porque se daban con conocimiento: la reprobacion mortificaba vivamente á los corazones generosos, y obligaba hasta á los mas débiles á cumplir con su deber. Los castigos que se infligian á las malas acciones te-

nian á los soldados retenidos por un justo temor, mientras que las recompensas bien distribuidas les hacian superiores á sí mismos.

El que puede imprimir en el ánimo de los pueblos la gloria, la paciencia en los trabajos, la grandeza de la nacion y el amor á la patria, puede gloriarse de haber establecido la constitucion del estado mas apropósito para producir grandes hombres. Son sin duda los grandes hombres los que constituyen la fuerza de un imperio. La naturaleza no deja de producir en todos los paises almas elevadas y de un denodado valor, pero es menester que el arte ayude á formarlas. Lo que las forma, lo que las perfecciona son los fuertes sentimientos y las nobles impresiones que llegan á hacerse familiares en el espíritu de todos, pasando insensiblemente de unos á otros. Todos los romanos eran educados en estos sentimientos, y el pueblo rivalizaba con la nobleza y disputaba con ella sobre quién sobresaldria mas de los dos en llevar adelante aquellas vigorosas máximas. Durante los buenos tiempos de Roma, la infancia era ejercitada en estos trabajos: nunca se oía hablar entre ella de otra cosa que de la grandeza del pueblo romano. Cuando la república lo mandaba era menester ir á la guerra; mientras duraba, trabajar continuamente, vivaquear en invierno y en estío, obedecer sin repugnancia, y morir ó vencer. Los padres

que no educaban á sus hijos en estas máximas, y como era necesario para hacerles útiles al estado, eran demandados en justicia por los magistrados, y juzgados culpables de un atentado contra el público. Una vez establecido así, y formado el espíritu público, los grandes hombres se forman los unos á los otros: y si Roma ha producido mas que ninguna otra ciudad de las que existieron antes que ella, no ha sido esto por azar, sino porque el estado romano, constituido de la manera que hemos visto, era por decirlo así, del temperamento que debia ser el mas fecundo en héroes.

Un estado que conoce su organizacion, conoce tambien al mismo tiempo su incomparable fuerza, y jamas se desespera por apurado que se vea, porque jamas se cree sin recursos para vencer la adversidad. Por esto hemos visto que los romanos no desesperaron jamas de sus negocios ni cuando Porsena, rey de Etruria, les tenia sitiados por hambre dentro de sus murallas; ni cuando los galos, despues de haber incendiado su ciudad, inundaban todo su pais, y les tenian encerrados en el Capitolio; ni cuando Pirro, rey de los epirotas, tan habil como emprendedor, les ponía en espanto con sus elefantes y derrotaba todos sus ejércitos; ni cuando Anibal, ya tantas veces vencedor, les mató mas de cincuenta mil hombres de su mejor milicia en la batalla de Cannas.

Entonces fue cuando el cónsul Terencio Varon, que acababa de perder por falta suya una tan gran batalla, fue recibido en Roma como si hubiese sido vencedor, solamente porque en un tan gran reves no desesperó de los negocios de la república. El senado le dió públicamente gracias por esto, y resolvió desde entonces, conforme á las antiguas máximas, no dar oídos en aquel triste estado á ninguna proposicion de paz. El enemigo quedó asombrado; el pueblo cobró ánimo, y creyó tener los recursos que el senado conocia por su prudencia.

En efecto, aquella constancia del senado en medio de tantos reveses como sobrevinieron uno tras otro, no provenia solo de una resolucion obstinada de no ceder jamas á la mala suerte, sino tambien de un profundo conocimiento de las fuerzas romanas y de las fuerzas enemigas. Roma sabia por su censo, que se continuó con toda exactitud desde que Servio Tulio le formó, sabia, repetimos, todos los ciudadanos que tenia en aptitud para tomar las armas, y lo que podia esperar de la juventud que de dia en dia iba creciendo. Así es que ella economizaba sus fuerzas contra un enemigo que venia de las fronteras del África, y á quien el tiempo solo debia destruir en un pais estrangero, adonde los refuerzos que pudieran llegarle serian tardíos, y á quien sus mismas victorias, que le costaban tanta sangre, seríanle fatales y acaba-

rian por arruinarle. Es la razon por qué no obstante las pérdidas que sufrió el pueblo romano y las que pudiera sufrir, el senado, instruido de los buenos soldados que le guardaban, no trataba mas que de ganar tiempo prolongando la guerra, y por lo que no se dejaba jamas abatir. Cuando por la derrota de Cannas y por las sublevaciones que á ella se siguieron, vió las fuerzas de la república de tal manera disminuidas, que apenas se hubieran podido defender si los enemigos les hubiesen estrechado, se sostuvo por su valor; y, sin decaer de ánimo por sus pérdidas, púsose en acecho de los pasos del vencedor. Tan inmediatamente como percibió que Anibal, en vez de sacar ventajas de su victoria avanzando, no pensaba mas que en gozar de ella durmiéndose sobre sus laureles, el senado se tranquilizó, y vió que un enemigo que dejaba escapar la ocasion dejándose deslumbrar por sus grandes sucesos, no habia nacido para vencer á los romanos. Desde entonces Roma hizo todos los dias mayores armamentos; y Anibal, hábil, valiente y vencedor como era, no pudo sostenerse contra ella.

Fácil es juzgar por este solo hecho por quién debia quedar en fin el resultado definitivo; Anibal, engreido con sus victorias, creyó la toma de Roma demasiado fácil, y aflojó. Roma, en medio de sus desgracias, ni decayó de ánimo, ni perdió la confianza, y emprendió mayores

cosas que nunca. Incontinenti despues de la derrota de Cannas fue cuando sitió á Siracusa y á Capua, la una infiel á los tratados, y la otra rebelde. Siracusa no pudo defenderse ni con sus fortificaciones ni con las invenciones de Arquimedes. El ejército victorioso de Anibal intentó en vano socorrer á Capua: los romanos hicieron levantar á este capitán el sitio de Nola. Un poco despues los cartagineses derrotaron y mataron en España á los dos Scipiones. En toda aquella guerra nada habia sucedido de mas sensible y de mas funesto á los romanos. Su pérdida obligóles á hacer los últimos esfuerzos: el jóven Scipion, hijo de uno de aquellos generales, no contento con haber restablecido los negocios de Roma en España, fué á llevar la guerra á los cartagineses á su propia ciudad, y dió el último golpe á su imperio.

El estado de esta ciudad no permitia que Scipion encontrase en sus muros la misma resistencia que Anibal encontraba en los de Roma; y se convencerá cualquiera de ello á poco que examine y compare la constitucion de aquellas dos ciudades.

Roma se hallaba en su fuerza y vigor, y Cartago, que habia comenzado á decaer, no se sostenia mas que por Anibal. Roma tenia su senado unido, y precisamente en aquellos tiempos fué en los que reinó aquel unánime concierto tan alabado en el libro de los Macabeos. El

senado de Cartago hallábase dividido por añejas facciones irreconciliables; y la pérdida de Anibal hubiera causado la alegría de la más notable parte de los grandes señores. Roma, todavía pobre y dedicada á la agricultura, sostenia una milicia admirable que solo ansiaba adquirir gloria, y no pensaba mas que en engrandecer el nombre romano. Cartago enriquecida por su tráfico veia á todos sus ciudadanos ape- gados á sus riquezas, y nada ejercitados en la guerra; en lugar de que los ejércitos romanos casi todos se componian de ciudadanos, mientras Cartago tenia por máxima no tener mas que tropas asalariadas, tan temibles muchas veces á los que las pagan como á aquellos contra quienes se emplean.

Estos defectos procedian en parte de la primera institucion de la república de Cartago, y otra parte de ellos fuéronse introduciendo con el tiempo. Cartago fue siempre amante de las riquezas, y Aristóteles la acusa de haber sido tan apegada á ellas, que dió lugar á sus ciudadanos á que las prefiriesen á la virtud. De esto nació que una república apropósito para la guerra, como lo observa el mismo Aristóteles, acabase por descuidar su ejercicio. Este filósofo no la reprendió por no tener mas que milicias extranjeras, y es de creer que ella no cayó en esta falta sino mucho tiempo despues. Pero las riquezas conducen naturalmente á esto á

una república mercante: se quiere gozar de las riquezas adquiridas, y se cree encontrarlo todo en el dinero. Cartago creíase fuerte porque tenia muchos soldados, y las sublevaciones que acaecieron en los últimos tiempos no la enseñaron, que nada hay mas desgraciado que un estado que no se sostiene mas que por la fuerza estrangera, en la que ni puede encontrarse celo, ni seguridad, ni obediencia.

Es verdad que el gran genio de Anibal parecia haber puesto remedio á los defectos de su república. Se mira como un prodigio que en un país estrangero y durante diez y seis años enteros no se haya jamas visto, no digo sedicion, sino ni aun murmuracion, en un ejército compuesto todo de pueblos diversos, que sin entenderse entre sí estaban tan acordes para cumplir las órdenes de su general. Pero la habilidad de Anibal no podia sostener á Cartago, cuando atacada en sus murallas por un general como Scipion, se encontró sin fuerzas. Fue necesario mandar llamar á Anibal, á quien no le quedaban mas que tropas mas bien debilitadas por sus propias victorias que por las tropas de los romanos; las que acabaron de arruinarse en un tan largo viage como el que tuvieron que hacer. Así Anibal fue batido; y Cartago en otro tiempo señora de toda el África, del mar Mediterráneo y de todo el comercio del universo, vióse obligada á someter su